

manidad. Sólo partiendo de este principio, podía presentarse con alguna esperanza de éxito, y sin injusticia, como Religión universal. Donde es lastimada ó violada la naturaleza, es imposible, ó no tiene estabilidad, la unión para el bien común. Se la podrá obtener por la violencia exterior, por el miedo á un peligro, por el odio al común enemigo ó por la necesidad de combatirlo; sí, podráse llegar ahí por la violencia externa, pero cuando se haga pedazos el círculo de hierro, no habrá cimiento interior que mantenga la unión. Ahora bien, una unión que no tenga más que la base moral, debe tener por necesidad el punto de apoyo en la verdadera naturaleza del hombre; y para que sea sólido ese punto de apoyo, debe dejar libre el juego ó movimiento de cada particularidad legítima de la naturaleza humana. «La actividad, dice un antiguo axioma, sigue á la naturaleza y responde al ser». En consecuencia, la moralidad y todo trabajo de cultura, si quieren llegar á su fin, deben regularse atendiendo á la naturaleza del hombre.

Pero en ninguna parte se observa más profunda diversidad que la que existe en nuestras disposiciones espirituales. En virtud de fines sapientísimos, ha dejado de comunicar Dios á cada uno de los hombres la plenitud de los dones con que ha querido enriquecer á la naturaleza humana; los ha dado á cada uno en determinada proporción. Difícilmente, se dice, se encuentran reunidas la aptitud para las matemáticas y la buena disposición para el estudio de las lenguas. Se distinguen también la memoria y sus fenómenos. No podrían concederse con más grande diversidad los talentos para las diversas ramas en que se ejerce la actividad humana. De ahí también las inclinaciones y las aptitudes particulares de los diferentes pueblos, si no se han desviado de su virtud primitiva. La formación, la instrucción, la educación, las relaciones, la profesión, confunden de tal manera las diferencias que existen ya por naturaleza, que sería difícil hallar, en toda la vasta extensión de la tierra, dos hombres que se parecieran com-

pletamente por sus aptitudes, por sus inclinaciones y por sus costumbres.

Y ahí precisamente se hallan la causa y la posibilidad de unión para la vida social. Más tarde, veremos en la cuarta parte cómo puede prosperar un edificio social sano, conociendo como conviene esas propiedades y esos límites de la naturaleza humana. Esa educación irracional que quiere hacer de cada individuo un hombre universal, no es la última razón de nuestra disolución social. Sólo donde se reconoce cada uno como un ser aislado en sí mismo, en sus aptitudes, por el lugar que ocupa, y por la profesión que ejerce, sienten todos que tienen necesidad unos de otros, no sólo para atender á la utilidad personal, sino como dice el proverbio árabe, del «acero y de la piedra» para que el uno dé al otro algo de lo suyo y recíprocamente. Por eso, cuanto más naturales son la cultura y el desarrollo moral de una sociedad, tanto mejor déjanse ver las propiedades particulares de los individuos, de un lado, y tanto más vivamente se manifiesta, de otro, el sentimiento de cohesión.

Pero si una cultura falsa, tal cual se presenta desgraciadamente hoy, y en forma universal, tuviera la pretensión de representar en cada detalle la expresión de la humanidad entera, tendría como resultado la pérdida de la naturaleza individual y el desmembramiento de la sociedad. ¡Cómo se ha rebajado y se ha hecho vulgar el carácter de los hombres! ¡Qué uniformes son sus pensamientos y sus acciones! ¡Cómo dependen unos de otros en sus fines y en sus maneras de obrar! ¡Cómo se han desfigurado los trajes, los trazos de la escritura y hasta los rasgos de la cara! Por eso falta la libre unión de todos para formar un plan de vida completo, la alegría en los sacrificios recíprocos, la fortaleza para resistir exteriormente y la unidad para el interior. Si una doctrina moral y un sistema político no cuentan con estas condiciones, ya pueden merecer el honor de pertenecer al Kantismo; no se ocupan ni en antropología ni en psicología; por eso han conseguido que se los

juzgue inhumanos y contra la naturaleza. Si no pueden tirar de la rienda á los hombres y á la naturaleza, les será imposible conseguir que en ellos reine la armonía, debiendo confesarse los primeros culpables.

**6. Siendo la religión cristiana religión de equidad, religión que puede establecerse y extenderse por todas partes, es católica por naturaleza.**—En todo tiempo ha sabido preservarse de este error el Cristianismo. Y puede decirse muy alto; la religión cristiana es, con preferencia á todas las demás religiones, la religión de la justicia. Ella sola entre todas puede gloriarse de hacer justicia á cada una de las dotes legítimas del hombre, á cada una de sus disposiciones, y á cada una de sus necesidades. Ella sola puede gloriarse de no haber tenido predilección por ninguna de esas dotes, de no haber elevado á una con perjuicio de las otras, sino de haberlas santificado á todas y de saber dirigirlas al servicio de Dios. Y mientras el hijo de familia ve una armonía universal y completa y una universalidad que abarca la vida entera, los espíritus superficiales, los extraños que se quedan á la puerta, no han vivido lo bastante para ser testigos de su verdad y de su energía, no viendo por todo sino contradicciones y estrecheces. De este modo ha sabido ella elevar el estado de la virginidad sin perjudicar al matrimonio, y conciliar la libertad con la obediencia, procurando la primera con la segunda. <sup>(1)</sup>

Es también ella la religión que tiene derecho á ser libremente practicada en todos los actos de la comunidad viviente. Donde domina la verdadera vida cristiana, no sólo están siempre abiertas las iglesias, sino que aun fuera de las iglesias, las capillas, las cruces, las imágenes, invitan á la oración. En las calles públicas y en la soledad de las montañas, encuentra siempre estímulo el sentimiento de adoración, y alimento la satisfacción de ese sentimiento. ¡Qué medios de santificación no tiene en las oraciones siempre nuevas, en las cuaresmas, en las misiones

(1) Döllinger, *Christenthum und Kirche*, 1860, 382.

y en las predicaciones! ¡Qué variedad de otros medios para insinuarse en los diferentes caracteres con las cofradías, con las reuniones y con las Órdenes! Las diferentes fases de la piedad encuentran en ella su expresión, y se adaptan á los deseos del corazón, <sup>(1)</sup> siendo toleradas todas en ella, con tal que ellas se toleren entre sí. <sup>(2)</sup>

Pero es también el Cristianismo la religión de la expansión libre, porque es católica por naturaleza. Decían los platónicos que no es buena para el pueblo la filosofía que no puede acomodarse á él, y que sólo los sabios son capaces de comprenderla. Según los mismos, debe contentarse con la aprobación del pequeño número de los que pueden formar juicios, y huir intencionalmente de la plebe. <sup>(3)</sup>

Aun en nuestros días hemos visto á un filósofo poner toda su felicidad en la ilusión de que no le comprendía el pueblo, y ha tenido muchos imitadores que han ocultado la verdad á los demás.

No sucede lo mismo en el Cristianismo: «En la casa de mi Padre, nos dice su Divino Fundador, hay muchas mansiones». <sup>(4)</sup> Ahí pueden encontrar lugar á su gusto los caracteres más diferentes; nadie tiene derecho para molestar á los demás en el estado que ha escogido, estando cada uno en armonía con todos. «De las calles y de las enrucijadas vienen los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos, se reúnen en los caminos y á lo largo de los cercados»; <sup>(5)</sup> pero «también los poderosos de las naciones y sus reyes, y se levantan los príncipes para adorar al Señor»; <sup>(6)</sup> y todavía hay lugar para muchísimos más. Juntos todos, forman un todo magníficamente armonioso, reinando la más grande concordia; porque no pertenece á esa sociedad el que falta á la caridad y á la paciencia. «Hay repartimientos de ministerios, mas uno mismo es el Señor; hay repartimientos

(1) Herzog, *Realencyclopædie für prot.. Theologie*, (1), XII, 699.

(2) Bernard., *Apolog., ad Guilelm.*, 4, 8.

(3) Lactancio, *Inst.*, 3, 24.

(4) S. Juan, XIV, 2.

(5) S. Lucas, XIV, 21-23.

(6) Isaías, LX, 11; XLIX, 7.

de gracias, mas uno mismo es el Espíritu; hay repartimientos de operaciones, mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos»; <sup>(1)</sup> «uno mismo el Espíritu, santo, único, de muchas maneras, sutil, discreto, ágil, benigno, estable, constante, seguro, que abarca todos los *spiritus*». <sup>(2)</sup>

**7. Belleza de una comunidad regida por sus principios fundamentales.**—En esto consiste la maravillosa hermosura de una sociedad ordenada según los principios cristianos. Y con razón dijo Francisco de Baader, que «sólo pueden temer al Cristianismo los que no conocen el espíritu cristiano». <sup>(3)</sup> Y se comprende. El antiguo concepto pagano del Estado ha adquirido predominio nuevamente, y se asusta ante la idea de que cada individuo pueda reclamar su parte; esto consiste en que no concede más lazo de unión que la coacción externa. Sin embargo, el espíritu del Cristianismo no vacila un instante en garantizar al particular su independencia, porque cree que en ella consiste precisamente la primera condición de toda unidad que tiene verdadera vida. Se puede llegar sin independencia de las partes á una suma, á un agregado de individualidades, cuya cohesión puede mantenerse por medio de un lazo exterior sólido; mas nunca se formará un todo cuyas partes se consideren obligadas interiormente á formar una unidad libre y orgánica.

La imagen de esta sociedad cristiana y de esta unidad no es una masa de piedra que ignora la unión que existe entre sus partes: no es un bocoy en que se echa todo confusamente, es el cuerpo humano vivo, concurriendo cada miembro á formar el todo, teniendo cada uno su forma particular, su fuerza propia y su peculiar actividad; pero formando el cuerpo la reunión de todos y poniendo en ejercicio cada uno su actividad para el bien del todo. «El cuerpo tiene muchos miembros, y todos los

(1) I Cor., XII, 4-6.

(2) Sabiduría, VII, 22. 23.

(3) Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, III, II, 627.

miembros del cuerpo, aunque sean muchos, forman, no obstante, un solo cuerpo; el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos, y si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿deja por eso de ser del cuerpo?; y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿deja por eso de ser del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído?; y si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha puesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos así como quiso. Y si todos los miembros fuesen uno, ¿dónde estaría el cuerpo? Dios templó el cuerpo, dando honra más cumplida á aquel que no la tenía en sí, para que no haya disensión en el cuerpo, sino que todos los miembros conspiran entre sí á ayudarse unos á otros. De manera, que si algún mal padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él». <sup>(1)</sup>

Cuando se sostiene una sociedad sólo por la fuerza, es cierto que cada miembro está obligado á contribuir con su parte al todo, pero no le da más que aquello á que no puede negarse; lo demás lo guarda para sí. Cuando, por el contrario, están interiormente unidos los miembros por el espíritu de independencia y de libertad, la utilidad de todos está aún en lo que cada uno busca para sí. Es el comunismo realizado de la manera más excelente. «No podemos todos poseerlo todo, pero podemos tener parte en lo que poseen los demás». <sup>(2)</sup> Y esto sucede donde cada una de las partes del todo posee intactos los dones de su propiedad, y sin obstáculo despliega la actividad con que fué enriquecida, concurriendo por lo mismo con independencia y libertad al fin de la totalidad.

**8. Idea que de los deberes de estado y de la actividad se ha formado el Cristianismo.**—De ahí también el concepto de los deberes de estado y de la actividad. «Cada uno permanezca en la vocación en que fué

(1) I Cor., XII, 12-26.

(2) S. Pedro Damían, *Opusc. 9. de eleemos. proef.*

llamado». <sup>(1)</sup> Uno no puede hacerlo todo, ni pueden todos hacer lo mismo y del mismo modo. Por eso está escrito: «Quién eres tú que juzgas al siervo ajeno; para su Señor está en pie ó cae. Pues no nos juzguemos ya más los unos á los otros; antes bien, pensad en no poner tropiezo ó escándalo al hermano; que cada uno de nosotros dará cuenta á Dios de sí mismo». <sup>(2)</sup>

Tal es la enseñanza que recibimos de nuestra fe. No hace diferencia alguna entre estado y estado; cada estado lleva en sí mismo la razón de ser, no habiendo ninguno que sea mejor ó más distinguido, porque todos son la manifestación de los dones concedidos por Dios, y determinan el lugar indicado por Él. Lo que, sin embargo, no impide que haya unos más útiles que otros al bien común; pero todos tienen importancia, porque de todos tiene necesidad para su existencia y para su prosperidad. Nadie debe avergonzarse de su estado, sino que, penetrado cada uno del sentimiento de su condición, produzca para el bien de todos los frutos propios de sus condiciones, de sus inclinaciones y de sus convicciones; no frutos que procedan del gusto ó del capricho, no frutos artificiales y de extraña imitación, sino los frutos que cada árbol pueda llevar, los frutos que pueden producir el deber, el estado y la aptitud interior. «Cada uno, como propuso en su corazón, no con tristeza, ni como por fuerza; porque Dios ama al que alegremente da». <sup>(3)</sup> En todo debe dominar una sola cosa, y es que cada uno esté profundamente convencido en su corazón de la verdad y de la legitimidad del motivo que le determina á obrar. <sup>(4)</sup>

**9. Libertad, independencia, variedad en el carácter cristiano.**—Casi ningún extranjero ha sabido apreciar esto en los españoles, italianos y franceses del mediodía. Su desenvoltura, su calma indolente, su independencia de

(1) I Cor., VII, 20.

(2) Romanos, XIV, 4, 12, 13.

(3) II Cor., IX, 7.

(4) Romanos, XIV, 5. S. Francisco de Sales, *Filotea*, 3, 1, 36.—Schram, *Theolog. myst.*, § 350, 355, 377, 474. Pinamonti, *Guía de las almas*, Ch. IX.

carácter, son prueba de que el espíritu cristiano favorece la verdadera naturaleza y la verdadera independencia, donde ha sabido mantenerse mucho tiempo ese espíritu, prescindiendo de todo atentado corruptor.

Si examinamos los juicios que de la civilización de la Edad Media han formado nuestros historiadores y las descripciones de viajes sobre la vida de los pueblos meridionales, aparecerá verdadera la queja de Goethe, á saber, que hay muy pocos hombres naturales, que hay pocos que comprenden la humanidad íntegra. Y tenemos que confesar que tal censura encuadra perfectamente, sobre todo en los alemanes. Por esto, no pueden comprender la independencia particular y la diversidad asombrosa de costumbres que caracterizan á los hombres y á los pueblos, donde tan hermosamente se revela esa independencia y esa individualidad favorecida por el Cristianismo.

Seguramente que no siempre ha sido el odio á la vida cristiana el más grande y poderoso obstáculo de nuestra época para juzgar equitativamente á la Edad Media. Con frecuencia se halla el principal motivo únicamente en la gran diferencia de caracteres entre aquellos tiempos y nuestros días. Verdad es lo que Tiberio decía, aunque tomado en sentido totalmente distinto, de Curcio Rufo, á saber: «que parecía que se había dado origen á sí mismo». <sup>(1)</sup> Puede decirse también de todos los caracteres de la Edad Media. Y esto es precisamente lo que nos hace tan extraños á aquel período. Siempre y únicamente vemos por los otros. ¿Qué hacen éstos? ¿Qué dirán? ¿Por qué hacer esto? Aquél no lo hace. Tal es la eterna lucha en que vivimos entre el respeto humano y nuestra conciencia. Maleamos de esta manera nuestro carácter, porque jamás obramos según nuestra naturaleza, sino según lo que hacen ó aprueban los demás. Pero ni aun por afecto ni por admiración de los que son mejores que nosotros, conviene seguir conducta semejante. San Francisco de Sales no aprueba que, por amor ó por debilidad, hagamos nuestros

(1) Tácito, *Anales*, 11, 21.

los defectillos de los amigos, de los padres y de los maridos, y censura á los amigos de San Basilio por haberse «dejado llevar hasta imitar sus imperfecciones, su lentitud en el hablar, su espíritu absorto y pensativo, y hasta la forma de su barba y su andar». <sup>(1)</sup>

Y con razón. La vida moral debe ser una obra superior: quien aspira á la virtud, debe ser su propio artista. No todos tienen la capacidad requerida para copiar cualquier dibujo, es cierto, pero no quiere decir esto que no se deba copiar, aunque sea imperfectamente. En la vida moral, nadie se hace perfecto con sus propias fuerzas, y nadie puede prescindir del ejemplo de los que han llegado á la perfección. Por este medio llegó San Antonio á un grado de santidad eminente, porque jamás vió un hombre bueno sin que tratase de imitarle; <sup>(2)</sup> pero le imitaba á su modo, que no es posible imitar todo lo que vemos. Y lo mismo sucede respecto de los Santos. No todo es para ser imitado. Hay en ellos cosas magníficas y dignas de admiración, que en otros serían afectadas y desfiguradas, llegando hasta ser defectos.

Por eso no está prohibido sentirse uno cubierto de confusión; animado por alguna acción de un hombre perfecto. Puede uno sentirse arrastrado á imitarle; pero hay que examinar las propias fuerzas, la naturaleza y la condición propias, y aun cuando se tengan á la vista los modelos más perfectos, sería bueno, sin embargo, tratar de perfeccionarse independientemente. Es lo que sobre todo quiere significarse cuando se dice que la vida del hombre debe ser una obra maestra. Por poca vena de artista que tenga uno, no se sujeta á la servil imitación; sin que se dé cuenta, resultan originales el paisaje y los rasgos de la fisonomía que reproduce fielmente la tela. Quien conoce su pincel, halla en él las huellas de su espíritu, porque le imprime el sello propio de su gusto y de su manera de considerar las cosas.

(1) S. Francisco de Sales, *Filotea*, 3, 32.

(2) S. Atanasio, *Vida de S. Antonio*, 1, 6, (Bolandos).

Del mismo modo debemos atender á los modelos morales. Si los copiamos en nosotros mismos, como consecuencia de verdadera convicción y según las indicaciones de nuestra conciencia, tomará en nosotros el modelo diferentes rasgos y concluirá por ser copia natural, independiente y viva.

En el firmamento de la vida cristiana brillan millares de estrellas grandes y pequeñas. Todas han tenido delante un modelo, todas se han formado según él; y, sin embargo, no es una copia cada una de ellas, sino que cada una es para sí su mismo original. ¡Qué figuras tan independientes y tan enérgicas Gregorio Nacianceno, Basilio el Grande, Gregorio Niceno, aquellos tres grandes capadocios, ligados por una amistad tan íntima y tan estrecha y por tan admirable elocuencia y tan sorprendente erudición, aquellos cumplidos batalladores en los combates contra los mismos adversarios, aquellos hombres perfectos por la participación de una misma vida! Cada uno es un nuevo modelo. Ved allí á Efren, el temor personificado del juicio de Dios; á Domingo, la calma viviente del espíritu cristiano; á Vicente Ferrer, que no sabe predicar sino de los terrores del fin del mundo; á Francisco de Sales, que, al contrario, no habla sino de la bondad de Dios; á Susón, que no respira más que amor y dolor de amor; á Agustín, que es todo luz y fuego; á Tomás de Aquino, en quien parece se ha encarnado el espíritu de penetración; á Pablo el ermitaño, que se retira al desierto, y no piensa más que en sí; á Vicente de Paúl, que en medio de millares y millares de empresas, piensa en todo menos en sí mismo. Todos son discípulos verdaderos y completos, copias fielmente imitadas de un solo Maestro y de un solo Modelo; todos son independientes representantes del espíritu cristiano; todos son ejemplos que nos muestran la altura á que puede llegar la naturaleza humana, si verdadera y constantemente es perfeccionada con ayuda de la gracia.

10. Sin embargo, hay caracteres completos.—Cada